

## El adiós de todos los días

DAVID CONWAY

**A Farewell to Marx. An Outline and Appraisal of his Theories**  
(Harmondsworth, Penguin, 1987)

La marxología reverencial de hace veinte años ha dado paso a una paorosa crisis del marxismo que lleva camino de convertirse en la ceremonia fúnebre más prolongada que recuerda la historia. Verdad es que el 100 aniversario de la muerte del pensador de Tréveris, en 1983, que sus discípulos más entusiastas celebraron bajo la consigna de «marxismo: segundo siglo», movió comparativamente menos industria cultural y agitó el establecimiento intelectual en menor medida que el aniversario orwelliano, un año después. Y, sin embargo, al hablar de Marx lo hacemos del fundador de una concepción del mundo por la que, según Eloy Terrón, los hombres están dispuestos a sufrir «persecuciones, torturas y hasta muer-

te por propagarlo y defenderlo» (en el prólogo a un interesante librito de Rafael Jerez Mir); lo hacemos, pues, del inspirador de un ideario que organiza de modo inmediato el universo conceptual y, al parecer, práctico de unos 1.500 millones de personas, aproximadamente la tercera parte de la humanidad; lo hacemos también de alguien en cuyo nombre se han librado, hasta hace diez años, las más alambicadas logomaquias en las universidades europeas.

La crisis del marxismo hoy, es decir, su abandono, la situación por la cual el marxismo parece haber dejado de ser lo que Sartre llamaba el horizonte intelectual de la época, tiene seguramente su manifestación más obvia en el agotamiento conceptual

de la corriente, incapaz de dar explicaciones plausibles (y, por ende, incitadoras a la acción práctica) a una multiplicidad de fenómenos en diversos órdenes, desde el renacimiento del nacionalismo de guerra santa hasta la evaporación de la esperanza en una crisis general (final) del capitalismo que suponga el colapso definitivo del modo de producción, pasando por cambios sustanciales en la estructura de clases de las sociedades modernas y por la expansión del conocimiento científico, uno de cuyos resultados ha sido, precisamente, demostrar que el socialismo científico *también* es utópico. Durante los largos años de la hegemonía del marxismo, éste había acabado identificado con la izquierda sin más en Occidente, de forma que, al replegarse, quedaba vacante una sede que pronto ocuparía un pensamiento conservador hoy día en claro ascenso en la consideración de las gentes. Aunque la sustitución del marxismo se haga en función de un escepticismo radical que deja chico al de Montaigne, el dato indudable de que el lugar franco sea ocupado de inmediato por las propuestas de la concepción conservadora hace pensar que, al menos en el orden práctico, el horror al vacío de la naturaleza se traduce en la negativa a prescindir de referencias ideológicas en el caso de la naturaleza humana.

Podemos soslayar de momento este aspecto de la naturaleza humana, dado que habremos de comentar algo sobre ella más adelante, a fin de situar la obra de que estamos hablando. El libro de Conway, inteligente

y cuidadoso, es, en realidad, una recepción de los argumentos conservadores, fundamentalmente económicos, en el pensamiento filosófico. Conway lleva adelante la nada fútil tarea de formular en términos generales algunas de las objeciones económicas y políticas que el liberalismo conservador ha hecho al marxismo y, por extensión, a toda la izquierda. El hecho de que Hayek y Friedman aparezcan para fundamentar líneas argumentales determinantes en la exposición del autor es suficientemente significativo. No por el hecho de que se trate de dos «autoridades» sin más, sino por el de que, tratándose de autoridades, han volcado todo su peso no en demostrar que Marx estuviera equivocado (eso es lo que, complementariamente, hace Conway), sino en probar que está equivocada la izquierda de hoy. Ello sitúa, por tanto, la crítica de nuestro autor en una perspectiva de actualidad que le da mayor interés.

El renacimiento del pensamiento conservador en nuestro mundo tiene considerable fuerza de convicción, y el libro de Conway es profundo y está bien argumentado. Con todo, resulta algo molesta la injusticia de concentrar lo que implícitamente equivale a una crítica a todo el marxismo en el análisis de la obra del fundador nada más. Cuando se considera que el libro de Conway versa exclusivamente sobre Marx, se recuerda, asimismo, que Marx murió hace más de cien años y se busca algún otro pensador de la época de quien parezca necesario escribir una refutación (pues refutación es, al fin y al cabo) tan detallada como ésta, para no encon-

trarlo, se aprecia en sus justos términos la alegría que parece invadir al autor cuando corona su obra con la afirmación siguiente: «El resultado de nuestro examen de las teorías de Marx, por lo tanto, es que son fundamentalmente erróneas. En verdad, tan erróneas son que no tenemos más opción que comprender que ha llegado el tiempo de abandonarlas y relegarlas al trastero de la historia de las ideas» (p. 208).

Al margen de que conviene tener cuidado cuando se anda en los trasteros de no quedarse encerrado en ellos, si aplicamos a Conway su estilo *restrained* podremos preguntarnos por los dos posibles sentidos de esta curiosa afirmación: *a)* el arrinconamiento del marxismo es algo que debemos hacer (en el plano del deber moral), como también debemos ser justos, equilibrados, audaces, ilusionados, temperamentales, líricos, frugales y mil cosas más, todas ellas igualmente caprichosas, por lo que su fuerza de obligarnos es nula; *b)* el arrinconamiento del marxismo es algo necesario, impuesto por los hechos, independiente de nuestra voluntad y, por supuesto, de la de los marxistas, en cuyo caso es difícil reprimir la sonrisa ante el recuerdo de aquel malicioso autor que sostenía que el marxismo es una de las cosas más refutadas de nuestro tiempo, y prueba de ello es que cada generación de profesores se siente en la necesidad de refutarlo de una vez por todas. Podría haber añadido, como le dijo en cierta ocasión el Rey de Hannover a Wilhelm von Humboldt, que «los profesores, como las prostitutas y las

bailarinas, siempre se pueden comprar por dinero». *In itinere*, llama la atención que seguramente un emperador es la única persona en el mundo capaz de creer que sea posible comprar con algo distinto del dinero.

En su libro, Conway acomete la tarea de habérselas con todo el pensamiento de Marx en sus diferentes facetas y con probable ánimo de sentar plaza provocativa para los marxistas posteriores. Estos, de existir como tales, harían bien en leer con atención a Conway y darle algún tipo de respuesta; sobre todo a la vista de que el autor parece hundir el último navío que llevaba los restos del naufragio al completar y redondear la crítica que hiciera en su día Ted Honderich al celebrado libro de Cohen en el que éste trataba de salvar la concepción materialista de la historia. En lo que a nosotros nos interesa, haremos una breve exposición y valoración de la exposición y valoración que Conway hace de Marx con intención de replantear una duda poco apreciada en los tiempos que corren: realmente, ¿estaba tan equivocado Marx? Hace unos años, Robert Wesson publicaba un interesante estudio titulado *Why Marxism?*, y cuyo subtítulo era una declaración de perplejidad: *The Continuing Success of a Failed Theory*. No hay duda de que alguna explicación hay que dar al hecho de que siga siendo necesario demostrar que, en efecto, se trata de una *failed theory*.

Conway distribuye su ataque al marxismo en seis andanadas. Unas destruyen el blanco, otras lo dañan y otras lo marran por entero. Comien-

za Conway analizando la antropología filosófica marxista y aísla su postulado principal: no existe una naturaleza humana inmutable; antes bien, ésta es moldeada por las circunstancias sociales y económicas, sobre todo por las últimas. Uno puede diferir respecto a la exacta importancia configurante de las circunstancias económicas, pero, al margen de ello, la propuesta parece razonablemente cierta. Al menos, da la impresión de ser más verosímil que el postulado de que hay, sin duda, una naturaleza humana, porque de inmediato viene uno obligado a sostener que, además, obedece a tales y tales determinaciones y no a otras, con lo que se abre el camino a que algún salvador de la colectividad obligue a ésta a volver por los derroteros «auténticos» de la naturaleza humana. Pero será inútil pedir a Conway una respuesta a esta cuestión. Dado que, en el fondo, está convencido de que hay una «naturaleza humana», la que podríamos llamar del ser humano «adquisitivo», deriva el problema desde el orden conceptual al de hecho, con lo que su argumentación viene a ser la siguiente: no es cierto que no haya una naturaleza humana, dado que Marx no consigue demostrar que, en el comunismo, los seres humanos serán verdaderamente mejores (simplemente distintos) que en el capitalismo. La inaceptabilidad del argumento es patente y, si Marx no consigue probar la maleabilidad de la naturaleza humana, Conway tampoco puede demostrar que no sea maleable.

La escaramuza siguiente tiene ecos guerreros porque se libra en la con-

cepción materialista de la historia. No nos aburre Conway con las enojosas exculpaciones de si Marx era más avisado que Engels y aceptaba menos un determinismo monocausal al que era proclive el adinerado fabricante de Manchester. Se limita a decir, con razón, que el determinismo es malo. Una inteligente valoración del tortuoso examen que Marx hace de la *Obschina* da ocasión a Conway para hacer justicia: el determinismo no lleva aparejada lo que podríamos llamar la «fatalidad secuencial». Si el libro hubiese versado sobre algo más que sobre Marx, el autor podría haberse entretenido en evaluar el impacto en la doctrina marxista del modo de producción del neoesclavismo en los Estados del sur de los Estados Unidos. Pero no se trata de inducir a Conway a enredarse en la maraña del modo de producción, concepto que no tiende a sobresalir en el conjunto de su exposición. Al final, Conway no da un ardid por la concepción materialista de la historia, si bien reconoce que suele ser útil y constructivo considerar la vida económica de la sociedad si uno desea comprender su política y su cultura (p. 80). No estoy seguro de que la concepción materialista de la historia sea algo sustancialmente distinto de esta conclusión.

Al llegar a la teoría económica de Marx es donde la crítica se hace más severa, cosa lógica, dado que la teoría económica es el meollo de la doctrina marxista en un doble sentido: en sí misma (la teoría económica marxista opuesta, por ejemplo, a la clásica o a la monetarista o «neoclási-

ca») y como causa explicativa última. No se trata aquí de rechazar el segundo aspecto (cosa que ya se intentó, con el resultado que vimos, en la escaramuza con las huestes de la historia), sino de habérselas con el primero, y ello sólo puede hacerse desde alguna otra teoría económica. Por eso, Conway contrapone propuestas a propuestas, omitiendo, por desgracia, la advertencia de que, aun entre los economistas, no hay acuerdo al respecto. Por ejemplo, el autor carga contra la teoría del valor trabajo y le contrapone la teoría subjetiva del valor, con lo que el sufrido lector sólo puede esperar a conocer las razones que hacen de la segunda algo más digno de crédito que la primera. Es de temer, sin embargo, que las tales razones no son tales razones. La idea de que el intercambio de mercancías en el mercado está regido por las necesidades subjetivas de los participantes puede parecer deslumbrante a primera vista si uno hace caso omiso de su carácter obviamente tautológico: las mercancías son mercancías porque se producen para el intercambio. Por lo demás, levantar constancia de que el mercado es un lugar que sirve para que los agentes intercambien sus productos —mercancías— no tiene nada que ver con la pretensión de la teoría del valor trabajo, que consiste no en explicar por qué la gente procede al intercambio mercantil, sino de qué unidad de medida se vale para ello. La subjetividad de la necesidad nos explicará por qué, en ciertas circunstancias, determinadas personas están dispuestas a pagar más o menos por un produc-

to; lo que no puede evitar es que ese más o menos se exprese en unidades objetivas. Conway resultaría mucho más convincente si, en lugar de probar que la teoría del valor trabajo no cumple lo que no se propone, demostrara que no cumple lo que se propone.

Complementariamente, es muy posible que la crítica de Marx al capitalismo por explotador tenga un insoportable tufillo moralizante, pero dibujar la acumulación primitiva de capital como un heroico esfuerzo de sacrificio y renuncia de los sectores más dinámicos de la sociedad tiene otro no menos insoportable y algo beato. Probablemente, la acumulación primitiva tuvo mucho que ver con la frugalidad de los primeros burgueses y comerciantes, y también tuvo que ver con la propiedad de la tierra. Los interminables debates de los primeros socialistas sobre la renta de la tierra no pueden hacernos olvidar que en la apropiación originaria de ésta hubo una cantidad considerable de violencia, injusticia y sufrimiento.

La apasionada defensa del *status* moral de la propiedad privada que hace nuestro autor es corolario de una explicación calvinista de la historia en la que sólo falta la predestinación. Pero el aspecto más interesante del debate económico se centra en las famosas «leyes» marxistas (o «leyes-tendencias», según las versiones más moderadas) del capitalismo, que Conway pone en dura solfa, con muy distintos resultados: Marx reconoce el progreso tecnológico del capitalismo y vaticina la concentración

y centralización del capital. Conway está de acuerdo con ello, cómo no, y yerra, sin embargo, al valorar la consecuencia (probablemente, porque su pronunciamiento teórico-económico previo le induce a confundir realidad y deseo), pues ésta no es tanto una repetición de la tesis de los *managers* (y aspectos colindantes: relativización de la importancia de la titularidad jurídica de la propiedad, reestructuración de las clases, etc.) como la asombrosa persistencia y hasta expansión de los pequeños y medianos empresas y comercios. La ley de la depauperación paulatina de los trabajadores es llamada a responder frente a la abrumadora comprobación empírica de su fracaso. Aquí también se queda algo corto Conway: la ley no solamente no se ha cumplido, sino que hasta puede ponerse razonablemente en cuestión que siga habiendo trabajadores a la usanza marxista. La «ley» de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia no ha tomado suficientemente en cuenta factores evidentes de corrección. Así, Sweezy es invocado para probar que no resulta digna de crédito. Es posible que no. Pero también es posible que sí. Alguien tiene que explicar por qué motivo el capital se empeña en innovar, en aumentar la productividad del trabajo. Al hacerlo, supongo que cada cual es libre de creer que lo hace porque quiere ganar más o porque quiere perder menos. Lo que resulta evidente es que «ganar más» o «perder menos» son afanes con un indudable aire de familia. El deseo de evitar el descenso de las ganancias no es idéntico al de ganar más, pero tie-

ne más que ver con él que con el de alcanzar la perfección por la vía contemplativa.

La teoría marxista de las crisis cíclicas no obtiene una audiencia favorable. Es comprensible que sea difícil sostener, en mitad de una crisis, que el capitalismo no está condenado a padecerlas. El argumento marxista sobre las crisis del capitalismo y su inevitabilidad deja algo que desear. Pero roza lo paradójico (o algo peor) sostener que la crisis actual se debe a la fuerza indebida de los sindicatos, que no dejan que el nivel de salarios se sitúe en la «línea natural de mercado», por así decirlo, con lo que subsiste el paro. Si bien esto no es problema, pues, como señala Conway en pleno *amok* manchesteriano, «quienes están en el paro en una economía capitalista libre, por lo tanto, según los economistas clásicos, lo están porque quieren. Hay un nivel de salarios en el que todos ellos encontrarían trabajo. Están decidiéndose por el paro antes que trabajar por tales salarios» (p. 190). El autor está aquí, sin duda, de acuerdo con los economistas clásicos. En consecuencia, la solución al fastidioso problema actual del paro sería regresar a una «economía capitalista libre», cosa a la que, por cierto, parecen oponerse los sindicatos. He aquí cómo la crítica a Marx nos ha llevado a mostrar nuestra comprensión por los esfuerzos del thatcherismo por doblar el espinazo de las orgullosas *unions* británicas.

En lo político, la figura de Marx queda mejor parada. Conway, quien llama aquí en su auxilio a Richard N. Hunt, demuestra con tino las pro-

fundas convicciones democráticas de Marx. La crítica a la dictadura del proletariado y a la concepción de un marxismo terrorista y revolucionario sólo pueden obtener el asentimiento de quienes hayan leído sin prejuicios la obra del pensador alemán.

La última parte del libro, dedicada a la ideología, vuelve a tener gran interés dialéctico. Conway refleja con tino suficiente la concepción general de Marx acerca de la ideología (si bien se echa en falta alguna mención a las formas de la conciencia) y pasa luego a refutar las tres manías más clásicamente marxianas: la de que la teoría económica clásica era ideología y que lo eran también la moral y la religión. Religión y moral no han de entretenernos aquí. Es de notar que Conway refuta la acusación marxiana de ideología a la religión remitiéndose a la reflexión de Schopenhauer sobre religiones «optimistas» y «pesimistas». Nuestro interés ha de centrarse de nuevo en la teoría económica porque es también donde el autor pone mayor atención. El socialismo es menos eficaz que el capitalismo; por tanto, éste no tiene nada de ideología. El capitalismo tiene dos argumentos legitimadores de muy distinta fuerza, a nuestro entender: *a)* el interés propio; *b)* el de la ignorancia. El del interés propio, como es evidente, implica una concepción de la naturaleza humana que es

difícil de hacer verosímil sin más. El otro, en cambio, hace referencia a una situación de hecho. Conway cita un magnífico trozo de Hayek sobre la imposibilidad de reducir a plan racional la infinidad de relaciones sociales, espontáneas y libres. En verdad, este argumento, que tiene claras raíces en las concepciones «orgánicas» de todos los conservadores, desde Burke hasta los de nuestros días, es de una extraordinaria contundencia antisocialista, y Conway hace bien en mencionarlo. Por desgracia para la intención general de la obra, el hecho de que el marxismo no haya conseguido estar a la altura de las exigencias de la ley de la variabilidad requerida (Ashby) no quiere decir que no pueda estarlo en algún momento o que no merezca la pena intentarlo. Por lo demás, la carencia afecta a todos los intentos de organización y proyección de las ciencias sociales contemporáneas. Una cosa es decir, sin embargo, que hasta ahora no se ha conseguido someter a control racional a la realidad social y otra, muy distinta, sostener que no sea posible hacerlo o, incluso, que no sea deseable.

Es un buen ejercicio decirle adiós de vez en cuando a Marx, sobre todo porque tenemos motivos suficientes para pensar que seguiremos diciéndoselo una larga temporada.

Ramón GARCÍA COTARELO

FERNAND BRAUDEL

**La dinámica del capitalismo**

(Madrid, Alianza Editorial, 1985)

En los últimos años, la muerte se ha llevado a algunos de los más brillantes, más severos, más exigentes consigo mismos, y más famosos, entre los pensadores que trabajaban en el campo de las llamadas Ciencias humanas y que escribían habitualmente en lengua francesa. En octubre de 1983 moría Raymond Aron; en junio de 1984, Michel Foucault; en noviembre de 1985, Fernand Braudel; un mes después, Denis de Rougemont; en octubre de 1986 desaparecía Georges Dumézil, y en marzo de 1987, Bertrand De Jouvenel. De entre los «monstruos sagrados» queda Claude Lévi-Strauss, como recientemente le decía al propio Lévi-Strauss, en una entrevista radiofónica, Bernard Pivot. (Incidentalmente añadiré que Lévi-Strauss dijo estar leyendo en ese momento, con una profunda emoción, el libro cuasi póstumo de Braudel *L'identité de la France*.)

«Alianza» presenta ahora al público lector en español, en forma de una pequeña joya editorial, el texto de las conferencias que Braudel dio en 1977 en una universidad de Baltimore (texto que ha sido publicado en francés, en París, en 1985). Por entonces, Braudel tenía ya casi prácticamente concluida su obra monumental sobre *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII*, la cual apareció en París en 1979. El librito que comento funciona, en

cierto modo, como un epítome de la gran obra.

Braudel es un autor cuyo éxito en el gran público se ha producido de un modo más bien tardío. En 1967 apareció la segunda edición de *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, y en ese mismo año, anticipando ya muchos de los esquemas históricos actuales, salió al público la primera edición de *Civilisation matérielle et capitalisme*. De 1967 a 1979, Braudel lo que hizo fue dar madurez, precisión y consistencia (y no meramente aparato erudito) a una concepción del movimiento histórico en el mundo europeo occidental. Esta concepción conjuga, a mi juicio, tres grandes elementos: una parte que Braudel recibió en su juventud de la entonces llamada Escuela de síntesis histórica, y que concierne la conceptualización más abstracta y de alcance más general sobre los integrantes mismos que concurren en la formación del movimiento histórico; otra parte procede de la *cross-fertilization*, con estudios de los economistas, los demógrafos y los historiadores sociales, tanto en la Escuela de los *Annales* como en la Sexta Sección de la Ecole Pratique de Hautes Etudes; en fin, un tercer elemento es original de Braudel y procede de su reflexión y reelaboración selectiva sobre los materiales de sus propias investigaciones, en particular las focalizadas sobre unas pocas grandes ciudades portuarias mediterráneas



(más tarde, investigación ampliada al Occidente atlántico) y el descubrimiento de los hábitos (y de las innovaciones) en la acción comercial, en las transacciones monetarias y en la acumulación de capital.

No creo que sea puro azar el hecho de que la obra de Braudel haya podido al fin llegar a públicos más extensos que los de su círculo académico, y se haya hecho densa, voluminosa y coherente, precisamente a partir del momento en que su autor se liberó de los enormes problemas administrativos que conllevaba la presidencia de la Sexta Sección de la Ecole Pratique des Hautes Etudes. En la época de las sucesivas presidencias de Braudel, la Sexta Sección se convirtió en una institución de prestigio mundial, uno de los primeros centros académicos internacionales por el renombre y el nivel científico de los investigadores o de los *mâtres à penser*. (Conviene releer la conferencia que sobre la Sexta Sección de la Ecole Pratique dio Le Roy Ladurie en diciembre de 1967 a la Convención de la *American Historical Association*, celebrada en Toronto, texto que, bajo el título principal de *Du quantitatif en histoire*, ha sido incluido en *Le territoire de l'historien*. Como decía allí Le Roy Ladurie, la presidencia de Braudel era contemporánea con la ruptura del estrecho marco de los estudios nacionales, situando los estudios historiográficos franceses en la historia mundial.) Pero hay que añadir aquí algo de lo que yo he sido testimonio y partícipe durante casi un decenio: la colosal expansión de la Sexta Sección

dentro de la Ecole Pratique, expansión que fue origen de innumerables, e irresolubles, problemas internos y de tensiones con otras secciones que tenían un alto rigor científico (como la Cuarta y la Quinta, a las que a veces acusábamos de arcaísmo y de erudición). Con los sucesos de mayo de 1968 llegaron los impactos de nuevas ambiciones, nuevas gentes y, sobre todo, la invasión de lo que era una institución académica por las modas culturales, comerciales y políticas que luchaban en los espacios cultural, social y político de la capital francesa. Algunas de estas modas eran excluyentes entre sí. Otras constituían disertaciones incontrolables científicamente. Una cultura científica no puede mantenerse sobre una sucesión de modas y sus conflictos de protagonismo. Por lo que concierne a los grandes mandarines (que han de ser maestros del pensamiento y modelos personales en la formación de los jóvenes), hay que decir que algunos de ellos olvidaron que tienen deberes para con el conocimiento científico y la cumulatividad científica, deberes que no son compatibles con el vedettismo ni con la formación de pequeños serrallos de adoradores(as). Al final se produjo algo que hubiese sido difícilmente predecible en la primera época de las presidencias de Braudel, pero algo que pareció inevitable dada la enorme vitalidad de la Sexta Sección: ésta se escindió de la Ecole Pratique para devenir una institución universitaria propia y aparte.

Diseñado, en trazos gruesos, este contexto que albergó los dos últimos

decenios de trabajo institucional, y personal, de Braudel, precisaré otros tres aspectos que me parecen importantes para evaluar su obra.

En su famoso artículo de 1958 en *Annales* sobre *Histoire et Sciences Sociales* (hay una reproducción, en la propia redacción francesa, hecha en 1960 por la *Revista Internacional de Sociología*, Madrid, núms. 70 y 71), Braudel reescribe un esquema cognitivo que estaba ya en la Escuela de síntesis histórica en los primeros decenios de nuestro siglo. En el análisis del movimiento histórico hay tres niveles (Braudel reescribía, *trois langages*), a saber: el de los hechos de necesidad, el de los hechos aleatorios y el de los hechos condicionados. El primero se enfrenta a relaciones fuertes o de causalidad, tratables por las matemáticas tradicionales (cabe añadir, y por modelos análogos a los de las ciencias «duras»). El segundo se enfrenta a relaciones débiles, multiplicidad de posibilidades, i. e., resultados más o menos probables del entrecruzamiento de numerosos factores; es el dominio del cálculo de probabilidades. El tercero se enfrenta con un campo de hechos que no son ni determinados (en el sentido fuerte) ni aleatorios (enteramente producto del azar): son hechos condicionados por una cierta lógica y unas ciertas *contraintes*, y puede serles aplicable una formalización matemática que trate estrategias de los actores (como la teoría de los juegos).

Este mapeo del campo cognitivo (mapeo que puede designarse más rigurosamente por los términos de niveles de análisis o por el, más episte-

mológico y problemático, de lenguajes) no ha sido desmentido desde que se hizo vigente ya en el decenio de 1920-30 (si bien los autores de entonces no empleaban la misma terminología: los hechos históricos, decían, se clasifican analíticamente en *necesarios*, en *contingentes* y en *lógicos*). Lo que el trabajo científico ha aportado en años recientes, mediando preguntas críticas, es una depuración y precisión del mapeo. (También un empobrecimiento, al menos en algunos autores; la dicotomía azar/necesidad es incompleta y es insuficiente, analíticamente juzgada). Preguntas críticas, por ejemplo: ¿son los hechos clasificados como *lógicos* producto de las «leyes constitutivas de la sociedad» (como opinaba la Escuela de síntesis histórica) o son *lógicos* en cuanto hay unas determinantes lógicas (no agotables en la dimensión formal) en las estrategias de los actores?; ¿no forma parte del abanico de recursos de algunos actores transformar relaciones aleatorias en necesarias, o recíprocamente, si así conviene a su modelo de acción social?; ¿no es uno de los atributos que caracteriza a los actores sociales poderosos la capacidad de fijar *las reglas de juego*, y la de cambiarlas cuando la dominación social resulta degradada, ineficaz, pobremente controlada o de rendimientos decrecientes?

El triple abordaje admite lo cuantitativo y lo cualitativo, los conjuntos de datos económicos, demográficos y toda clase de series estadísticas, y el análisis de las decisiones que toma una minoría de actores y que se traducen en grandes consecuencias his-

tóricas. A partir de los análisis económicos de Simiand y de Labrousse, y a través de la percepción de sus realizaciones y sus carencias, Braudel fue construyendo su propia concepción del movimiento histórico, la cual implica la del *tiempo histórico*. El compás que abraza el espacio y el tiempo históricos es más bien ancho; se trata de la *durée* más bien larga, como conviene a las bases económicas y demográficas que revelan sus variaciones, trascendentes a la vida de los individuos, por la acumulatividad en el nivel *macroeconómico* y el *macropoblacional*. Por esto hablaba Braudel (expresión que yo le he oído ya desde mediados del decenio de 1960) de *une dialectique de la durée* (idea seminal procedente de Bachelard). Sobre este fondo, visible claramente en el presente librito, Braudel engarzó el análisis cualitativo de las innovaciones, obra de sujetos individuales, de familias económica o comercialmente poderosas y estratégicamente situadas, o de «casas» o instituciones en las que el capitalismo se adapta, transforma o renueva «desde arriba» (esto es, el nivel de lo cualitativo *emergente*, producto de juegos y estrategias, que dan lugar a formaciones sistémicas nuevas).

En *Dinámica del capitalismo* es transparente (para quien sepa leer o quien disponga del contexto académico y metodológico) cómo Braudel empieza por las bases materiales de larga duración y de fuerte consistencia y concluye por los niveles emergentes (*le capitalisme* [se sobreentiende, moderno] *s'est formé d'en haut*). Pero no podría subsistir el ni-

vel emergente sin prender en la base y retransformarla dándole nueva vida. Por tanto, se trata de una *démarche* de sentido inverso a la hegeliana (o, más precisamente dicho, a ciertas versiones de los hegelianos de izquierda y de, en nuestros días, marxistas más dogmáticos que Marx), la cual derivaba lo cualitativo de lo cuantitativo.

Esta apreciación y evaluación cualitativa del nivel emergente, producto de estrategias y decisiones individualizables, no es por ello, en modo alguno, un aristocratismo o un elitismo al estilo de, digamos, Américo Castro. Precisamente en el período en que la Escuela de los *Annales* y las investigaciones de la Sexta Sección empezaban a tener difusión mundial, el historiador español reaccionaba enérgicamente contra la metodología cuantitativista, la preeminencia de los estudios demográficos y económicos (la fuerza reproductiva, los movimientos cíclicos de precios, etc.), y lanzaba su manifiesto aristocratizante: «La tarea historiográfica fundada en las necesidades del *everyman* de estos tiempos, me parece desenfocada (...) El menester primario de la historiografía consiste en contemplar el pasado humano como una serie de eminencias valiosas (...) Sólo situándose en esas alturas puede el historiador estructurar el pasado y dar razón de su sentido (...) Ignorándolas... la historiografía se convierte en ajeteo incoherente... en algo así como confundir la realidad de una ciudad con el movimiento de los pies de quienes caminan por ella» (A. Castro, *Origen, Ser y Existir de*

*los Españoles*, Madrid, 1959, p. 109). Oigamos en el extremo opuesto a Braudel: «Como es sabido, en los libros de historia tradicional, el hombre ni come ni bebe» (*Dinámica...*, p. 22). «Primer capítulo: El número de hombres. Es la potencia biológica por excelencia la que empuja al hombre (...) Esta materia humana en perpetuo movimiento rige, sin que los individuos sean conscientes de ello, buena parte de los destinos de los distintos grupos de seres vivos» (*Dinámica...*, pp. 19-20). «Sólo en el siglo XVIII se produce una ruptura de las fronteras de lo imposible, la superación de un techo hasta entonces infranqueable. Desde entonces, el número de hombres no ha cesado de aumentar» (*ibid.*, p. 20). «En el primer volumen de mi obra, en 1967, yo pensé como título *Lo Posible y lo Imposible: los hombres frente a su vida cotidiana* (...) He partido de lo cotidiano (...) Creo que la humanidad se halla algo más que semisumergida en lo cotidiano» (*ibid.*, páginas 14, 15).

Ahora bien, si Braudel se hubiese atenido *únicamente* a estos criterios, habría hecho sobre todo historia social del mundo rural: las variaciones cíclicas de la demografía, de las cosechas, de las crisis o las pestes, el análisis privilegiado de unas pocas familias, la acumulación en unos linajes, los sistemas de alianza por matrimonio, los sistemas de herencia, la fragmentación o la acumulación seculares de los patrimonios familiares. Pero la historiografía de Braudel ha privilegiado más bien la vida urbana que la rural y, a medida que se nos

aproxima en el tiempo, es un análisis de linajes o de instituciones que están activos en grandes centros portuarios (una forma particularmente móvil y creativa de la vida urbana). Hay en su análisis elementos que proceden del geógrafo tanto como del historiador de la economía y de las instituciones económicas (y entre ellas, sobre todo, las monetarias).

Esta red analítica es sumamente tupida y compleja. Está dentro de la lógica del autor su crítica a autores como Schumpeter. La crítica a Schumpeter es una de las constantes en la vida académica de Braudel, e incluso después de terminada ésta, pocos años antes de su muerte, en unas mesas redondas con otros historiadores grabadas por *France Culture*, yo le he oído insistir sobre estos dos puntos: la unilateralidad abstracta de la teoría empresarial de Schumpeter y el daño hecho por Schumpeter a Marx, con no solamente la incompreensión de aspectos teóricos fundamentales, sino sobre todo con la partición de Marx en economista, sociólogo e *historien*, con lo cual Marx *devient méconnaissable* (*sic*, una grabación de 16 abril 1980)\*.

\* Esta defensa de Marx frente a Schumpeter por parte de Braudel no implicaba una adhesión general a los análisis históricos de Marx. La posición de Braudel se sitúa más bien en la filiación de Henri Sée y de Pirenne, con aportaciones y puntos de vista propios. Por lo que concierne a Marx propiamente dicho (punto de referencia que debe diferenciarse de las sectas marxistas, muchas de ellas tergiversadoras de las enseñanzas genuinas de Marx), Braudel dejó clara y explícita su actitud: «le marxisme n'est ni notre ennemi ni notre frayeur. Il est, pour nous, une problématique qui, aujourd'hui, fait nécessai-

Obviamente, la red analítica de Braudel no es la de Marx, y muy especialmente no es la de algunos marxistas como Pierre Vilar, con aserciones del orden de: «C'est le mode de *prélèvement* sur la production, c'est le *mécanisme de l'accumulation* qui constitue le fait social significatif, éclairant» (P. Vilar, *L'histoire et l'historien*, Cuaderno 47, 1964, de los Debates del Centro católico de intelectuales franceses, p. 44, citado en *L'histoire sociale*, obra col., París, Presses Universitaires, 1967). El capitalismo constituye un conjunto de niveles interactivos sumamente complejos, una red de patrones de comportamiento, y puede decirse que constituye una cultura propia. La acumulación es la variable independiente únicamente para algunos análisis precisos en los que esa selección analítica es pertinente (pertinente por el poder heurístico del que es portadora; análisis económicos formalizables matemáticamente: relaciones fuertes). En consecuencia, el análisis de Braudel, que parte de las bases materiales, demográficas y económicas, no implica un reduccionismo materialista (como el de algunos *soi-disant* marxistas).

---

rement partie de toute analyse historique sérieuse, une façon importante d'aborder la réalité sociale, non la seule (...) Nous soutenons qu'il ne peut y avoir deux formes de science historique. Les problématiques peuvent différer, et certes, elles diffèrent, mais les résultats, entre historiens de bonne foi, doivent se rejoindre» (*Annales*, I, 1963, p. 103). Como puede observarse, el texto implica la negación de la pretensión de algunos dogmáticos marxistas de constituirse en «la» ciencia social *par excellence*.

«Como privilegio de una minoría, el capitalismo es impensable sin la complicidad activa de la sociedad. Constituye forzosamente una realidad de orden social, una realidad de orden político e incluso una realidad de civilización» (*Dinámica...*, p. 77).

Este lenguaje actual está bastante distante de las ambiciones del decenio de 1950 a 1960. Si aquel triple abordaje se inscribía en un intento (que procede del siglo XIX) de hacer de la Historia una ciencia que pueda resistir, en sus métodos, la comparación con algunas ciencias «duras», este marco cognitivo de ahora deviene demasiado extenso y poco coercitivo para el investigador. Todo interactúa con todo: el nivel demográfico con el social, el social con el económico, el económico con el político, el social y el político con el cultural; o bien, en otra imagen: cada uno puede actuar a la vez como envolvente y como envuelto. ¿Cuáles son, entonces, las variables independientes con poder heurístico intrínseco? ¿O cada investigador está facultado para construir su propio castillo de naipes conceptual?

El Braudel anciano abandonó algunas de las grandes ambiciones del decenio de 1950, cuando la irrupción de lo cuantitativo parecía poder archivar para siempre la Historia puramente literaria. En Ciencias humanas, decía últimamente Braudel, *expliquer c'est surtout savoir raconter*.

Ahora bien, el lector no debe engañarse. Debajo de cada texto y de cada frase hay un trabajo de enverga-

dura en la reflexión, en la selección y en el recuerdo crítico de muchos debates. Y *saber contar* es algo que reenvía a la forma expositiva para el público; no implica necesariamente que el objeto esté de tal modo complicado (o bien sea tan profundamente amorfo) que el esfuerzo científico deba inclinar la cerviz ante los recursos descriptivos. Una cosa es clara en los análisis de Braudel: la textura histórica que él eligió como objeto está organizada por relaciones de clases y por luchas de clases (aunque no solamente por ellas).

«Hay tantos caminos para la ambición de los individuos como sociedades (...) En Occidente (...) la historia repite incesantemente la misma lección, a saber, que los éxitos individuales deben inscribirse casi siempre en el activo de familias vigilantes, atentas y consagradas a incrementar poco a poco su fortuna y su influencia (...) El régimen feudal constituye, en beneficio de las familias señoriales, una *forma* duradera del reparto de la riqueza territorial, riqueza de base, y por lo tanto un orden estable (...) La "burguesía", a lo largo de los siglos, vivirá como un parásito dentro de esta clase privilegiada, cerca de ella, contra ella y aprovechándose de sus errores, de su lujo, de su ociosidad y de su falta de previsión, para acabar apoderándose de sus bienes (con frecuencia a través de la usura) y para infiltrarse finalmente en sus filas y perderse en ellas (...) Parasitismo de larga du-

ración: la burguesía no cesa de destruir a la clase dominante para nutrirse de ella (...) Ahora bien, es preciso que estas aguas sociales estén tranquilas o relativamente tranquilas para que se produzca la acumulación (...) y para que, si la economía monetaria colabora, emerja por fin el capitalismo. Este destruye (...) ciertos bastiones de la alta sociedad, pero reconstruye, en cambio y para beneficio propio, otros tan sólidos y duraderos como aquéllos (...) Estamos aquí, de hecho, ante una característica esencial de las sociedades de Occidente» (Braudel, *Dinámica...*, pp. 81 a 83).

Lo que Braudel está nombrando aquí es la sobredeterminación política de los procesos económicos. Es por ello coherente con esta concepción la idea de Braudel que dice (contrariamente a Marx) que el capitalismo no se va a destruir por sus contradicciones internas (sobrentendido, económicas o económico-sociales). Hay que tomar en cuenta la sobredeterminación política. Los procesos demográficos y económicos pueden predecirse con un cierto grado de confiabilidad y hasta un cierto horizonte temporal; la historia política es impredecible (lo que no implica que sea enteramente aleatoria: tiene su *lógica*, i. e., sus determinaciones, no obedientes a la voluntad de los actores más que bajo determinadas condiciones que reúnen a la vez el poder y el saber).

«El Estado moderno (...) no ha creado el capitalismo, pero sí lo ha heredado; tan pronto lo favo-

rece como lo limita; a veces lo deja expandirse y otras le corta sus competencias. El capitalismo sólo triunfa cuando se identifica con el Estado, cuando es el Estado» (página 78).

\* \* \*

Otros aspectos de la obra de Braudel necesitan un comentario mucho más extenso del que puede albergar esta referencia bibliográfica. La transición de unas ciudades-centro de cada economía-mundo a otras ciudades-centro, brillantemente contada, necesita (según creo) completarse con análisis diferenciales más exhaustivos

de los atributos y caracteres de cada centro. En nuestra corta vida histórica hemos visto a Londres ejercer como centro imperial, sufrir su declive en beneficio de Nueva York, recobrar de nuevo funciones que Nueva York, aparentemente, le había arrebatado para siempre; aparecer nuevos centros, como Tokyo, cada uno con sus limitaciones intrínsecas y con sus potencialidades. Un enorme tema que queda abierto, en esta historia que conjuga estabilidad de unos modelos políticos y crisis económicas.

E. PINILLA DE LAS HERAS

FERNANDO REINARES

**Violencia y política en Euskadi**

(Bilbao, Desclée de Brouwer, 1984)

«En el contraste de las muy diversas perspectivas ofrecidas podrá hallar el lector elementos para una síntesis analítica. Es importante comprender el problema antes de aventurar opiniones, soluciones incluso, que con frecuencia se producen desde una agresiva ignorancia» (p. 11). Esta frase de Fernando Reinales, coordinador de *Violencia y política en Euskadi*, resume a la perfección el objetivo principal de esta obra, el de ser un lugar de encuentro y debate de opiniones, posturas y discursos que suelen presentarse en la vida política diaria, la mayor parte de las

veces, como antagónicas e irreconciliables entre sí. Un objetivo que, sin lugar a dudas, rebasa los límites de la mera reflexión intelectual y académica, para adentrarse de lleno en el ámbito de una realidad política y social, como es la de Euskadi, tan necesitada de soluciones como de espíritus abiertos y dialogantes.

Violencia y política son dos términos indefectiblemente unidos en Euskadi desde ya hace muchos años —podríamos decir que demasiados—. Dos términos polisémicos que se redefinen constantemente en función del marco discursivo en el que se en-

globo (como demuestran los diferentes textos que en este libro se nos presentan) y cuya relación implica necesariamente plantearse cuestiones tan complejas como la naturaleza y vigencia de la reivindicación nacionalista, el grado de pluralismo social y político existente en Euskadi y los *cleavages* básicos que allí operan, las raíces de la adhesión afectiva y efectiva a la violencia terrorista entre un sector importante de la sociedad vasca, etc. En fin, violencia y política condensan en sí mismos la situación cotidiana a la que se ve abocado el ciudadano vasco, en particular, y todos los españoles, en general; una situación en la que la «trágica secuencia de acción/represión/acción amenaza con convertir a la violencia en elemento endémico al devenir colectivo de lo vasco» (F. Reinares, p. 10).

En *Violencia y política en Euskadi* se reúnen 14 textos de otros tantos profesores, intelectuales y políticos que, desde diferentes perspectivas, abordan lo que se ha dado en llamar la «cuestión vasca». Aunque estos textos aparecen englobados en dos capítulos distintos (el primero titulado «El marco político e institucional», y el segundo, «La violencia: perspectivas y diagnósticos»), la verdad es que casi todos ellos se caracterizan por abordar el tema en una forma global y general.

Este afán por comprender y abarcar *todo* «el problema vasco», «la cuestión vasca» o como lo queramos denominar, que se deja traslucir en las aportaciones aquí reunidas, aun siendo comprensible en un libro de

estas características, que pretende sobre todo exponer y contrastar posturas diversas, es una de las grandes limitaciones, a mi juicio, a la que tienen que hacer frente los sociólogos e intelectuales en general que se dedican a estudiar este tema. En efecto, todo intento de profundizar más en un problema tan complejo como es el que nos ocupa pasa, necesariamente, por el análisis detallado de aspectos concretos y particulares o, en otros términos, por la sustitución de la habitual exposición generalizadora —muchas veces simplista— en favor de la indagación analítica. En caso contrario, se corre el riesgo de que la reflexión intelectual se convierta en una mera reproductora de los discursos públicos que sobre el terrorismo se destinan al consumo de la masa de electores.

Centrándonos ya en los ensayos que componen *Violencia y política en Euskadi*, podríamos agruparlos en dos bloques: por una parte, los realizados por profesores e intelectuales y, por otra, los de los profesionales de la política; un criterio que, evidentemente, está cargado de subjetividad y que, en algunos casos, es hartamente impreciso, pero que parece válido a efectos de exposición. En el primer grupo se incluyen aportaciones de especialistas tan reputados como Javier Corcuera, Jesús Arpal, José Ramón Recalde, Gurutz Jáuregui, Ruiz de Olabuénaga o José A. Garmendia. Personalmente destacaría los textos de G. Jáuregui y Ruiz de Olabuénaga, el primero por su claridad de planteamientos y el segundo por su originalidad.



Gurutz Jáuregui, gran conocedor de la organización terrorista vasca, tal y como demostró en su libro *Ideología y estrategia política de ETA* (Madrid, 1981), se esfuerza en este artículo por dejar clara la naturaleza política del conflicto en Euskadi: «El problema es esencialmente político en cuanto que surge, crece y se nutre, tanto en los inicios como en el momento actual, de una reivindicación o un conjunto de reivindicaciones políticas... la reivindicación política de ETA es esencialmente (...) una reivindicación nacionalista», y, más adelante, concluye: «ETA es ante todo un movimiento nacionalista intransigente de carácter radical» (pp. 199-200). Junto a esta idea básica, el profesor Jáuregui añade otras de gran importancia: la primera es reconocer que el verdadero problema radica en el arraigo y apoyo de los que goza ETA y sus acciones entre un sector de la sociedad vasca; la segunda idea es la de que la violencia en Euskadi reviste unas especiales connotaciones debido a que tiene lugar en una sociedad que vive —desde hace más de un siglo— en una permanente crisis de identidad. A partir de este marco general, Gurutz Jáuregui expone la diferente interpretación que sobre el hecho vasco y sobre la resolución del problema de la violencia se realiza en el discurso nacionalista y en el de los socialistas, en cuanto principales representantes de los sectores no-nacionalistas. Dos interpretaciones que dejan traslucir dos visiones, dos filosofías contrapuestas que, en vez de avan-

zar en el camino del acuerdo, tienden a oponerse de forma sectaria.

Pero la parte más interesante y sugerente de este artículo es la dedicada a las vías de solución. Aquí, el profesor Jáuregui apuesta por una tercera vía entre la de la negociación, defendida por los sectores nacionalistas, y la de la represión; sería una vía basada en una serie de medidas que denomina «desdramatizadoras», medidas de mitigación de los conflictos, «actos unilaterales para cuya realización no es necesario exigir contrapartidas». Entre otras se citan: el abandono por parte del PNV de la concepción patrimonialista de Euskadi, la asunción por el Gobierno vasco de sus responsabilidades, el traslado de todos los presos a cárceles vascas, la derogación de la ley antiterrorista, etc. No hay ninguna medida nueva ni innovadora, pero lo que sí es nuevo es la idea de que estas medidas no deben estar sometidas al regateo negociador, al chantaje de la reciprocidad; deben ser tomadas *unilateralmente*, y para ello sólo hace falta voluntad política. Junto a estas medidas concretas se añaden otras de carácter más estructural que tiendan a resolver el problema de fondo, la cuestión nacional vasca, y que pasan, según Jáuregui, por la potenciación de las posibilidades encerradas en el Estatuto de Autonomía.

El otro ensayo al que me refería es el de José I. Ruiz de Olabuénaga. El sociólogo vasco en este artículo parte de una definición de violencia que se aleja de los parámetros habituales, ya que, en vez de centrarse en el ámbito del que la ejerce, enfa-

tiza el aspecto de la víctima, del receptor. Así, define la violencia de la siguiente manera: «Violencia es el uso evitable de la fuerza, que obstaculiza la autorrealización humana... Violencia, en esta perspectiva, no es tanto el uso ilegítimo que un sujeto hace de la fuerza, sino el uso ilegítimo de la fuerza que padece una víctima» (p. 153). En base a esta definición, Ruiz de Olabuénaga analiza lo que denomina la «Euskadi violentada» y la «Euskadi violentante», que no es otra cosa que la percepción existente en la población de la legitimación de los diferentes tipos de violencia política que hoy se ejercen en la sociedad vasca. Según su particular perspectiva, «son mayoría los que participan de la premisa que afirma la victimización violenta de Euskadi (la Euskadi violentada); son minoría, en cambio, los que legitiman la violencia política (la Euskadi violentante), y menos aún los que para su legitimación recurren a la premisa de la violencia comadrona» (p. 167).

En otras palabras, para Ruiz de Olabuénaga, en la sociedad vasca existe un sentimiento mayoritario de estar sometida a una violencia estructural que, aunque no se diga abiertamente, parece provenir de las estructuras estatales, que no respetan la identidad nacional de Euskadi, y ello, en parte, explicaría la existencia de una respuesta violenta que, sin embargo, no es apoyada más que por unos pocos. Aun siendo bastante discutible el análisis que se hace de la violencia institucional ejercida sobre Euskadi y la concepción demasiado monolítica y unívoca de sociedad vas-

ca que se maneja, hay que reconocer la coherencia de toda la argumentación.

Además de los artículos mencionados, también se leen con mucho interés aportaciones como la de Javier Corcuera, que, en la línea ya clásica de J. Aranzadi, incide en temas como el carácter esencialista y mítico de las reivindicaciones nacionalistas, o la de Jesús Arpal, que analiza cómo las prácticas sociales cotidianas, las estrategias de vida colectiva, son el verdadero elemento de peculiaridad del País Vasco, y ante las que las instituciones existentes deben demostrar su funcionalidad y eficacia.

El segundo bloque de textos antes definido era el correspondiente a los firmados por políticos profesionales, y aquí hay que resaltar el gran acierto de haber incluido a representantes de todas las opciones políticas con presencia activa en la Comunidad Autónoma<sup>1</sup>, lo que permite poder confrontar entre sí los principales discursos partidistas que contienden en la vida política vasca. De esta manera, tenemos la oportunidad de observar la transformación de los términos clave en uno u otro discurso, de comparar los núcleos de significación alrededor de los que gira el discurso según la opción política representada y contrastar las estrategias argumentativas que se utilizan en cada caso.

Así, en el discurso nacionalista moderado (expuesto en el artículo de M. Unzueta, del PNV), toda la

<sup>1</sup> Cuando se redactó este libro todavía no se había producido la escisión del PNV.

argumentación está construida en base a la demostración de la existencia de un «pueblo vasco», de una «nación vasca», como un «hecho natural que existe; no la ha inventado nadie» (p. 32), y al sentimiento de esta colectividad de estar siendo atacada en su especificidad. Con estas premisas, básicas para comprender el discurso realizado, se desemboca en una conclusión principal, la de que sólo a través de la profundización de la autonomía política de Euskadi pueden resolverse los problemas de la nación vasca, y más concretamente el de la violencia. Desarrollo del autogobierno y desaparición de la violencia en Euskadi son, por consiguiente, para los nacionalistas moderados, dos términos que se implican mutuamente en una relación «necesaria».

Con un antagonismo explícito a este discurso nacionalista aparece el de los socialistas vascos (representado en la colaboración de Ana Miranda, del PSE-PSOE), para los cuales gran parte de los males que aquejan a Euskadi provienen del «exclusivismo de la comunidad nacionalista, que fundamenta su aspiración a la hegemonía política en base a una profunda convicción de detentar la legitimidad vasca» (p. 234). Mientras los nacionalistas se esfuerzan por mostrar una única comunidad vasca amenazada en su especificidad nacional, los socialistas introducen el conflicto en el seno de la sociedad vasca partiendo del presupuesto de la existencia de dos comunidades enfrentadas, para convertirse, así, en los «adalides» de la defensa de una comunidad no-nacionalista que estaría siendo ata-

cada por el «exclusivismo patrimonialista» de la comunidad nacionalista.

Frente a estas dos líneas de argumentación se define el discurso del nacionalismo radical, el de los sectores cercanos a HB y, también, a ETA, como se demuestra en el artículo de Iñaki Ruiz de Pinedo. La dialéctica vasquismo-españolismo, la definición esencialista de la nación vasca, la interpretación de «la lucha armada» como una respuesta a la opresión estatal española son los parámetros que se manejan para ubicarse en el ámbito del nacionalismo. Pero, al mismo tiempo, la defensa de un nacionalismo de clase, de «la emancipación nacional al servicio de los intereses de los trabajadores» (p. 65), es el recurso utilizado para establecer las fronteras que le separan del nacionalismo moderado, del defendido y representado por el PNV. En el artículo de Ruiz de Pinedo puede observarse, en toda su claridad, cómo «autodeterminación», «alternativa KAS», siguen siendo los términos «mágicos» para los nacionalistas radicales; son conceptos que casi no se explicitan ni se analizan en profundidad; están ahí, se repiten y con eso basta; marcan las fronteras respecto a los oponentes y confieren identidad simbólica.

Aparte de estos discursos que, hoy por hoy, son los hegemónicos en Euskadi, también se puede encontrar el punto de vista de la derecha clásica en el artículo del aliancista Florencio Arostegui, para el que todo parece reducirse a cómo acabar antes con ETA. La óptica moderada desde

la perspectiva estatal en el artículo del ex ministro Rosón, que defiende la necesidad de buscar vías de entendimiento, pero siempre partiendo de la «irrevocabilidad del destino común» de Euskadi y España. Y, por último, una estupenda colaboración de Mario Onaindía, que destaca por su sincera defensa de la necesidad de implementar una convivencia democrática en Euskadi.

Quizá haya extremado en demasía las diferencias que separan los textos de los diferentes autores al referirlos a las matrices discursivas de las que se nutren, pero lo que quería resaltar es la gran distancia que separa, hoy día, los discursos mantenidos por los principales partidos en Euskadi, una distancia que se ve ahondada —desgraciadamente para la convivencia democrática— por el hecho de que los distintos discursos se definen más por sus rechazos y negaciones que por una afirmación positiva de sus propios contenidos<sup>2</sup>.

<sup>2</sup> En estos últimos meses, sin embargo, parece que, en alguna medida, esta distancia se está acortando, si no por lo que respecta a los discursos partidistas, sí en cuanto a la práctica política, con la expe-

Sin ninguna duda, las líneas anteriores no reflejan en su totalidad la gran cantidad de sugerencias contenidas en un conjunto de textos tan plural y diverso como el que Fernando Reinares ha logrado reunir en *Violencia y política en Euskadi*, pero, por lo menos, servirán para dejar constancia de las grandes posibilidades que se abren cuando se contrastan posturas y opiniones tan diferentes, que, como indicábamos al principio, es el objetivo principal de una obra que exige que el lector realice su propia «síntesis analítica». En fin, este libro, según nos consta, es sólo el inicio de un amplio proyecto investigador que F. Reinares se propone llevar a cabo en los próximos años dedicado a analizar el problema de la violencia política en distintos contextos sociopolíticos. Evidentemente, se trata de un buen comienzo y de un buen punto de partida para adentrarse en un ámbito de investigación donde la reflexión abierta, pluralista y desprovista de prejuicios reduccionistas debe ser una exigencia irrenunciable.

Jorge BENEDICTO

riencia de gobierno de coalición protagonizada por el PNV y el PSOE.

## **Análisis recientes del trabajo de las mujeres en España**

B. SAN JOSÉ

### **Democracia e igualdad de Derechos Laborales de la Mujer. Por un consenso social sobre la necesidad de una política contra la discriminación de las mujeres en el empleo**

(Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios, núm. 4, 1986)

M. A. SALLÉ y J. I. CASAS

### **Efectos de la crisis económica sobre el trabajo de las mujeres**

(Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios, núm. 5, 1987)

P. ESCARIO e I. ALBERDI

### **El impacto de las nuevas tecnologías en la formación y el trabajo de las mujeres**

(Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios, núm. 6, 1987)

J. I. CASAS

### **La participación laboral de las mujeres en España**

(Madrid, Instituto de la Mujer, Serie Estudios, núm. 9, 1987)

A mediados de 1985 se produjo un cambio de signo en la evolución del empleo en España: de las tasas negativas interanuales que se habrán venido produciendo en el mercado laboral español durante los diez años anteriores, se pasa a tasas positivas y de una cuantía importante en los dos últimos años (superior al 3 por 100 en 1986 y al 4 por 100 en 1987). Un fenómeno paralelo, que tiene una menor carga política coyuntural pero quizás mayor trascendencia social, por cuanto implica, además de lo que la mejora general del empleo lleva consigo, la significativa amortiguación de uno de los fenómenos fundamentales para explicar la discriminación y desigualdad social de las mujeres, es el incremento de la participación de éstas en la vida activa, entendiendo por tal el mercado de trabajo; aunque conviene recordar que «el trabajo dirigi-

do al mercado es sólo una parte muy pequeña del volumen total del trabajo aplicado por las mujeres a la modificación del mundo que les rodea»\*. Pues bien, tras la caída de la tasa de actividad femenina que se produce en los primeros años de la crisis y su estancamiento a finales de los setenta y principios de los ochenta, esta tasa ha pasado desde el 27,6 por 100 en el segundo trimestre de 1985 al 31,9 por 100 en el tercer trimestre de 1987. Ciertamente hay que reconocer que esta tasa de participación es todavía baja en nuestro país, triplemente baja: «Baja en comparación con la masculina... baja en comparación con la de los países desarrollados... baja por la interrupción —con períodos de retroceso— del proceso de incorporación creciente de las mu-

\* M. A. DURÁN, *La jornada interminable*, Icaria, Barcelona, 1986, p. 33.

jeros al mercado de trabajo desde principios de siglo, con particular intensidad en los primeros setenta» (B. San José). Pero, a pesar de ello, no hay que minivalorar la incidencia transformadora en diversos órdenes de la vida social que tiene la reciente aceleración del proceso de incorporación de las mujeres a la actividad económica.

Coincidiendo con este cambio tan significativo en el principal indicador de la participación laboral de la mujer, se produce el reciente impulso que se ha dado a los trabajos que exploran la situación de las mujeres en nuestra sociedad, y particularmente los aspectos relacionados con el trabajo femenino, desde el Instituto de la Mujer. En esta nota nos referimos a cuatro análisis recientes del trabajo de las mujeres en España publicados en 1987 (excepto el libro de Begoña San José, que es de 1986) por este Instituto. Como ha escrito esta autora, «el trabajo ha sido objeto de atención del movimiento de mujeres particularmente en dos aspectos. Por una parte, el acceso de las mujeres al trabajo retribuido ha sido conceptualizado como un medio imprescindible para su independencia económica, base de las demás autonomías. Por otra parte, el feminismo más reciente ha levantado la reivindicación de la valoración del trabajo doméstico, como medio de afrontar la base de la agresión común a todas las mujeres». Los cuatro textos que nos ocupan se sitúan en el primer campo, el trabajo mercantil, el mercado de trabajo.

El libro de Begoña San José es un trabajo que podríamos enmarcar en

tre los de «investigación-acción»; es una obra que se concibe como un elemento de intervención, hecho desde el movimiento feminista, para poner de relieve «la estrecha conexión entre el estatus laboral de las mujeres y nuestra segregación política», tendente a apoyar la «infiltración de las mujeres en estos terrenos», y no sólo para llegar a un reparto más igualitario de posibilidades, recursos y poderes, sino también para aportar «otra forma de trabajar, de administrar la economía, de hacer política, de relacionarnos personalmente, que hemos aprendido de la experiencia de la opresión, de la esquizofrenia entre nuestra vida pública y privada y de la construcción de una solidaridad peculiar».

La experiencia personal de la autora, como militante sindical y feminista, y no como una «profesional» de la economía, la sociología o el derecho, da al libro un tono vivo y a veces de denuncia, sin perder por ello el rigor. En ese sentido, este trabajo, basado en la relectura de dispersos estudios anteriores, tiene a la vez el valor de una síntesis y el mérito de sus elementos provocadores. Y es una síntesis que se aborda conjugando una triple perspectiva: histórica, económico-sociológica y jurídico-política. La primera permite a la autora describir el proceso de constitucionalización del derecho de las mujeres al trabajo (capítulo 1) desde los inicios de la Revolución francesa (con la «Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana», de Olimpia de Gauges) hasta la instauración de la legislación social proteccionista, ya en el siglo XX,

proteccionismo que provoca una controversia todavía vigente en la que «para unos —y unas— la legislación proteccionista refuerza la discriminación de la mujer como única responsable al trabajo doméstico, la atención al marido y los hijos, [mientras que] para la otra opinión... además de responder a la demanda inmediata de las trabajadoras, permite compatibilizar el trabajo asalariado con el doméstico, reduciendo el abandono del primero por parte de las mujeres casadas». Pero el repaso histórico que hace B. San José entre estos momentos históricos permite ver, aunque a veces de modo excesivamente fragmentado, la evolución de las ideas sobre el papel de las mujeres en la vida social y el trabajo en España y la participación de éstas en el nacimiento y desarrollo al movimiento obrero desde la reivindicación de «pan y rosas», implicación que en España se hizo tan fuerte que ha permitido a Scambon escribir que «el feminismo español nunca gozó de un desarrollo libre e independiente; fue arrastrado, quizás inevitablemente, al conflicto más general entre la izquierda y la derecha».

En el segundo capítulo («La realidad desigual: situación actual de la fuerza de trabajo femenina»), Begoña San José adopta un enfoque económico-sociológico de carácter, en general, más descriptivo y partiendo de que «la consagración institucional de los valores democráticos de igualdad y participación... alientan a la mujer a la participación económica», aborda el análisis de aspectos claves para explicar la discriminación de las muje-

res en el mercado de trabajo, partiendo de una discusión sobre la contraposición doméstico-productivo, de las relaciones entre ambos campos y de la reivindicación de una valoración del trabajo doméstico. Y así se analizan brevemente los aspectos «femeninos» de la economía sumergida; la pugna entre las actitudes/prácticas de abandono o resistencia en el mercado de trabajo de esta época de crisis; las profesiones de las mujeres, concentradas sectorial y ocupacionalmente en unas ramas muy determinadas; el «paro silencioso de las mujeres» y, especialmente, su situación respecto a la protección por desempleo. En este capítulo, sin embargo, hay que señalar que la mejora de la información general y desagregada por sexos que se ha producido en los últimos años, con la reforma de la Encuesta de Población Activa en 1987, la Encuesta de Condición de vida y trabajo (1986) o la mejora de la información sobre programas de fomento del empleo y formación profesional o beneficiarios de las prestaciones por desempleo, permiten enriquecer algunos aspectos del análisis.

El capítulo tercero —desde el nivel jurídico-político— aborda el papel de los poderes públicos como garantes de la igualdad constitucional, analizando con detalle el papel de las 21 diputadas y 6 senadoras de las Cortes Constituyentes en la elaboración de la Constitución de 1978; la génesis de los artículos del Estatuto de los Trabajadores de especial importancia para las mujeres; los programas de fomento del empleo y el papel de la magistratura en relación con la igual-

dad de las mujeres. Aparte de los cambios que nuevas sentencias han ido produciendo en este último aspecto, conviene señalar que desde la redacción del libro que nos ocupa se ha producido una importante modificación del Estatuto de los Trabajadores, por la Ley 32/1984, de 2 de agosto (BOE 4 agosto 1984), y, al amparo de los cambios introducidos, se cambió sustancialmente todo el esquema de fomento del empleo que se recoge en el libro; asimismo, se ha regulado la relación laboral del servicio doméstico. Recientemente, el Consejo Rector del Instituto de la Mujer, con la toma en conocimiento del Consejo de Ministros en septiembre de 1987, ha aprobado el «Plan para la igualdad de oportunidades de las mujeres (1988-1990)». Todos estos son elementos que dejan desfasados algunos aspectos de este capítulo, pero que fácilmente podrán ser subsanados en una próxima edición de esta obra. Un último y breve capítulo describe las principales líneas de actuación de diversas instituciones internacionales (ONU, Comunidad Europea, OIT).

El libro de Begoña San José da una visión global de la situación de la mujer en la sociedad española, analizando algunos aspectos fundamentales de la misma, y lo hace desde una perspectiva plural por los enfoques analíticos que utiliza; pero, además, es un libro que desde su mismo título, *Democracia e igualdad de Derechos Laborales de la Mujer*, se puede leer como una intervención a favor de una concepción más igualitaria

de hombres y mujeres como exigencia básica de la democracia.

Los libros de M. A. Sallé y J. I. Casas, tanto el escrito conjuntamente por ambos autores, *Efectos de la crisis económica sobre el trabajo de las mujeres*, como *La participación laboral de la mujer en España*, escrito por Casas, tienen otra concepción y, de alguna manera, el segundo constituye una versión de la primera parte del primer libro. Son dos libros que analizan aspectos de la relación mujer-trabajo, tanto en su vertiente de las prácticas como en la de las actitudes.

El primero de ellos, además de una introducción donde se enumeran brevemente algunos enfoques teóricos actuales al trabajo de las mujeres (aunque sin incluir la bibliografía de referencia), consta de dos partes. Se analiza, en primer lugar, la población activa femenina exclusivamente a partir de datos de la Encuesta de Población Activa del primer trimestre de 1983. La segunda parte es un estudio de las actitudes sociales y laborales de las mujeres a partir de los resultados de ocho grupos de discusión. El análisis de la primera parte, que difícilmente puede servir para analizar los *efectos* de la crisis sobre el trabajo de las mujeres al no proporcionar ningún dato que permita comparar estructuras antes y después ni seguir la evolución temporal de, al menos, las variables fundamentales, tiene un enfoque meramente descriptivo que aporta, sin embargo, un elemento de interés con el cálculo de los índices educativos que, presentados sistemáticamente para numerosas variables, proporciona un sencillo instrumento



de comparación hombre/mujer, además de sus estados civiles, edades, etcétera. El posterior libro de Casas es una reformulación mucho más cuidada y analítica de los temas abordados en esta primera caracterización de la mano de obra femenina en 1983, que sólo en algunos epígrafes de conclusiones logra separarse un poco del mero comentario de cuadros estadísticos.

Así, por ejemplo, presentan una tipología de mujeres que trabajan y que, más allá de su cuantificación, ofrece perfiles diferentes en su comportamiento laboral. Existiría, según los autores, un primer grupo de mujeres que de un modo u otro ejercen una actividad subsidiaria y/o temporal, y un segundo grupo cuya preparación profesional les permite acceder a puestos de trabajo más cualificados. El primer grupo puede subdividirse, a su vez, en otros dos. Por un lado, existe un colectivo de mujeres, de edad relativamente alta, que trabajan como «ayuda familiar» o como trabajadores autónomos y que se concentran principalmente en la agricultura o en el comercio y la hostelería. Este colectivo supondría alrededor del 28 por 100 de la población femenina ocupada. Por otro lado, un segundo colectivo está constituido por trabajadoras asalariadas jóvenes con una baja preparación profesional, que ocupan puestos de trabajo poco cualificados en los servicios o bien en ramas como el textil y la confección. En conjunto, las trabajadoras en esta situación son cerca del 50 por 100 de la población femenina ocupada. El otro grupo de mujeres trabajadoras que se

puede distinguir con nitidez está formado por las que tienen un nivel profesional medio o medio-alto, con una edad promedio intermedia entre los dos colectivos señalados con anterioridad, y que son asalariadas de los servicios (educación y sanidad), sobre todo en el sector público. Este grupo puede estimarse en un 10 por 100 de la población femenina ocupada.

La segunda parte de este libro es un análisis cualitativo de actitudes de las mujeres ante el trabajo dentro y fuera de la casa, la percepción de la discriminación y de la igualdad, la posición ante las feministas y los sindicatos, el planteamiento de la diferencia sexual, la maternidad y el abandono del trabajo, los anticonceptivos y el aborto. Se presentan primero los temas abordados en cada uno de los ocho grupos de discusión, cuyos criterios de selección fueron: ocupadas / paradas / estudiantes / amas de casa (con/sin experiencia laboral); mayores o menores de veinticinco años; nivel cultural elevado o bajo; clase media/baja. Es una parte bien documentada, pero de lectura difícil por la reiteración de los temas. Más interés presenta el análisis de la estructura general de los discursos de las mujeres que se hace a continuación, distinguiendo dos ideologías que califican de «modernizadora» y «tradicional», y cuyos planteamientos se contraponen en cuanto a la posición sobre el trabajo fuera del hogar, la diferencia entre los sexos, la percepción de la discriminación y la exigencia de igualdad, la percepción de la situación y génesis del mercado de trabajo. Por una ideología moderni-

zadora se decantan, en general, los dos grupos de discusión con mujeres menores de veinticinco años (estudiantes, unas, y activas ocupadas, otras); el resto de los grupos se ubican más bien en la ideología tradicional. Sin embargo, esta división dicotómica no se produce ante las actitudes, generalmente negativas, que las mujeres manifiestan frente a los grupos feministas, los sindicatos y la política. A pesar del interés que presenta este análisis estructural, su exposición se hubiera podido enriquecer con la palabra de las mismas mujeres en los grupos de discusión, rompiendo de esta manera una expresión excesivamente lineal.

El libro de Casas, *La participación laboral de la mujer en España*, es un riguroso análisis sobre la población activa, ocupada y parada femenina y los principales factores discriminatorios que inciden en ella (edad, estado civil, nivel educativo, *status* social, número de hijos, etc.). Esta aproximación se hace desde cuatro fuentes distintas: la Encuesta de Población Activa, la Encuesta de Condiciones de Vida y Trabajo, la Encuesta Situación Laboral de la Mujer en España (del Instituto de la Mujer, 1984) y datos del Instituto Nacional de Empleo. Esto representa un considerable paso adelante respecto al análisis de la primera parte del libro anterior; sin embargo, el uso de las fuentes en capítulos sucesivos produce reiteraciones y elude el contraste de resultados, restando fuerza a un análisis verdaderamente sugestivo.

El primer capítulo, el más largo y documentado del libro, analiza el

comportamiento de la población femenina activa ocupada y parada a partir de datos medios anuales de la EPA de 1985 y de series del período 1976-85. Esto le permite hablar fundadamente de los importantes cambios que se están produciendo en las condiciones laborales de las mujeres españolas en los últimos años y señalar, por ejemplo, que «el factor estado civil parece que está dejando de ser, en los grupos de edades más jóvenes, un factor determinante que aleja a la mujer del mercado de trabajo. Este elemento, combinado con el aumento del nivel educativo, es la causa más importante de la progresiva incorporación laboral de la mujer», aunque es de significar que esta tendencia se atempera por el efecto de modernización que supone la reducción del ciclo laboral, de modo que en los dos extremos de edad la tasa de actividad de las mujeres sea, al igual que la de los varones, decreciente.

El autor pone de relieve la concentración del empleo femenino en determinadas ramas de actividad y ocupación (cinco ramas y cinco ocupaciones concretan el 60 por 100 de las mujeres ocupadas), pero resaltando la diferente estructura de edades y de situación profesional en unos y otros sectores. Así, las ayudas familiares y las empresarias sin asalariados se reparten entre la agricultura y el comercio. En cambio, las asalariadas se localizan de modo diferente: las del sector privado, entre la industria, comercio y otros servicios, y las del sector público están concentradas casi totalmente en «otros servicios» (en-

señanza, sanidad, etc.). Casas utiliza un «índice de disimilaridad» elaborado con una metodología de la OCDE para mostrar cómo a lo largo de los cinco últimos años se ha producido un leve descenso de esta concentración debido, fundamentalmente, a la disminución de la presencia relativa en ocupaciones del textil, confección y calzado y al aumento de mujeres en las ocupaciones de la Administración Pública.

En el análisis del desempleo se echa en falta una profundización en la caracterización de la duración del paro y en la incidencia del paro de larga duración sobre las mujeres, ya que es éste uno de los fenómenos cuantitativamente nuevos en la crisis del empleo en la década de los ochenta.

El segundo capítulo se basa en datos de interés de la encuesta Situación Laboral de la Mujer en España, y a partir de ellos se analiza la incidencia del estado civil, el número de hijos y, sobre todo, de la situación laboral del marido sobre la actividad de las mujeres. La misma encuesta le servirá para aproximarse a las actitudes de las mujeres ante el trabajo en el último capítulo. El primero de estos capítulos lleva a Casas a establecer la sugestiva hipótesis de que el efecto de los diversos factores considerados «no se traduce en un continuum de situaciones gradualmente ordenadas. Antes bien, hay que suponer que existen "saltos" dentro de la resultante de dichos factores, de forma que existirían colectivos más o menos homogéneos de población femenina cuyos atributos personales y de entorno inmediato se resuelven en situaciones

laborales similares. Pero, entre unos colectivos y otros, los puentes o canales de paso serían extremadamente dificultosos. En una palabra, la población total femenina y su situación respecto al trabajo remunerado no sería un todo homogéneo, sino más bien contendría fraccionamientos importantes en su seno. Utilizando la terminología que, aunque a veces equívoca, suele utilizarse en los últimos años, la fuerza de trabajo femenina (real y potencial) estaría interiormente segmentada. Una de las características de este tipo de segmentación es que, en buena medida, presenta un fuerte sesgo generacional y/o histórico; es decir, la distribución asimétrica de la población femenina ante el trabajo corre a lo largo de variaciones de la estructura económica de largo plazo».

Los dos capítulos siguientes, en que analiza «la mujer en la economía regular» a partir de los resultados de la Encuesta de Condiciones de Vida y Trabajo, realizada por el CIS y el Ministerio de Economía y Comercio, y la incidencia del «movimiento laboral registrado y [de la] formación ocupacional» sobre las mujeres, tienen un carácter de aproximación descriptiva.

El libro de Casas incluye una bibliografía seleccionada y clasificada en 14 epígrafes que permite una aproximación a los principales trabajos sociológicos y económicos sobre *la participación laboral de la mujer en España* y otros países de nuestro entorno.

El libro de P. Escario e I. Alberdi tiene una concepción diferente; se

plantea como una investigación sobre *El impacto de las nuevas tecnologías en la formación y el trabajo de las mujeres*, partiendo del hecho de que «frente a la avalancha de innovaciones en el campo de la microelectrónica, apenas hay estudios dedicados a investigar sobre las posibles repercusiones sociales que puedan acarrear los avances tecnológicos» (Kling). Es una investigación que tiene un doble enfoque: por una parte, práctica, en el sentido de que no sólo pretende conocer la relación entre la evolución tecnológica reciente y el empleo, la educación y el cambio de actitudes de las mujeres, sino que busca posibilitar «diseños de actuación política que fomenten la incorporación de las mujeres a las nuevas tecnologías y evitar, en lo posible, que éstas se conviertan en un obstáculo» a su inserción igualitaria en el mercado de trabajo; de otra parte, es una investigación exploratoria, ya que intenta «sentar las bases metodológicas y técnicas de posibles estudios empíricos posteriores». De ahí que el trabajo se base en una relectura de bibliografía sobre las nuevas tecnologías, en un análisis de algunos datos secundarios y de 25 entrevistas en profundidad, focalizadas unas en el empleo y otras en aspectos educativos.

Del interesante análisis exploratorio de seis sectores de actividad económica (Banca, Seguros, Automóvil, Textil, Confección y Telecomunicaciones) se deduce la diversidad de efectos que la introducción de nuevas tecnologías (y de nuevas formas de gestión de la mano de obra, que, no conviene olvidarlo, no se producen me-

cánicamente con la incorporación de aquéllas) tienen sobre el empleo, la cualificación y las condiciones de trabajo de las mujeres; efectos que van desde los procesos de subcontratación en la banca de importantes ramas de la gestión y la polarización de los empleos que se está produciendo en el sector, la mayor propensión de las mujeres a acogerse a las bajas incentivadas, el incremento de mujeres en cadenas de producción en puestos tradicionalmente «masculinos», hasta una menor introducción de innovaciones tecnológicas en segmentos de la producción donde predomina la mano de obra femenina. El interés del enfoque sectorial del análisis de P. Escario e I. Alberdi en la primera parte de su libro se hace patente, sobre todo, cuando, de la mano de un trabajo de C. Borderías sobre la Compañía Telefónica, se profundiza en los efectos que las nuevas tecnologías tienen sobre el trabajo de las mujeres y su cualificación y promoción profesional.

El capítulo dedicado a «La educación y la formación profesional» de las mujeres en relación con las nuevas tecnologías pone de manifiesto, en un orden programático, la importancia que tiene el profesorado y la orientación profesional como instrumento para romper las tendencias sociales —en cuya transmisión las familias juegan un papel preponderante— y para separar/segregar a las mujeres en la formación de base ligada a las nuevas tecnologías y a los estudios técnicos.

Entre las posibles medidas a adoptar dirigidas a potenciar la igualdad de la mujer en áreas laborales con

incidencia tecnológica, las autoras señalan la importancia que tiene la formación profesional, en la que habrá que tener en cuenta tres aspectos clave: 1) la educación formal de niños y niñas; 2) la orientación profesional de ambos sexos, y 3) el reciclaje profesional de las mujeres, aspectos éstos que ocupan un lugar prioritario en el recientemente aprobado «Plan para la igualdad de oportunidades de las mujeres 1988-1990».

\* \* \*

La «Serie Estudios» del Instituto de la Mujer, donde se han publicado los cuatro trabajos comentados, pue-

de ser en los próximos años una referencia obligada para todos los estudiosos sobre la problemática de las mujeres en el mercado de trabajo si sigue mejorando esta línea de estudios de análisis e investigación que, integrando articuladamente datos de distintas fuentes y contrastándolos con la literatura existente en la materia, profundicen en aspectos concretos que nos permitan ir componiendo el variado mosaico que constituye la compleja realidad de la deseable creciente incorporación de la mujer al mercado laboral.

Lorenzo CACHÓN RODRÍGUEZ

## Féminas, trabajadoras, madres, esposas

MARY-PEPA GARCÍA MAS (dir.)

**Informe sobre la situación social de la mujer en la Comunidad de Madrid**  
(Editado por la Asociación de Mujeres Progresistas por la Igualdad, 1987)

MARY-PEPA GARCÍA MAS (dir.)

**La droga en una cárcel de mujeres**  
(Cuadernos de Trabajo de la Comunidad de Madrid, 1987)

Cicciolina, la conocida diputada italiana, es, además de una pionera de la militancia política —ya tenía partido a los veintipocos años—, una concienzuda congresista. Sus compañeros de Cámara relatan que en la Comisión de Defensa, a la que pertenece, ella es la que va a las reuniones con la documentación técnica bien dominada y explica a los demás las peculiaridades de los F-16. Con lo

cual se confirma que la otra Cicciolina, la exhibicionista, es, principalmente, una máscara, una forma de atraer la atención, además de una manera de jugar.

«Cualquier fórmula es válida para atraer la atención», podría ser el símbolo del feminismo de los ochenta, que, como todos los movimientos utópicos de los sesenta, está pasando ahora por las realidades de su re-

conversión pragmática. Porque resulta que los fríos de la enésima recesión económica y los ajustes de poder consiguientes afectan a todas las causas progresistas y tienen, como principal efecto, hacer más estrecho y más crispado el escenario de la reivindicación. Por otra parte, la realización de estudios y análisis empíricos, como los que nos ocupan, tiene la extraña virtud de echar más leña al fuego, al contribuir a esclarecer, con la fría evidencia de los datos, el cómo están de verdad las cosas. Nada peor que la sociología para congelar la sonrisa de los portadores de buenas intenciones, de cuantos creen que la documentación y el discurso son ya parte de la reforma.

Hace poco tiempo nos entristecía el Instituto de la Mujer con las cifras de los malos tratos de obra que reciben las féminas en el marco doméstico, y la frialdad con que son recibidas las reclamaciones correspondientes en algunas instancias de sedicente protección al pueblo, como la Guardia Civil. Parece que algunos miembros, probablemente los menos ilustrados, de este Instituto aconsejan a las encardenaladas esposas que no hagan pública una cuestión que debe ser encauzada por los mecanismos privados de solución de conflictos. Cuáles son éstos es la pregunta obvia, aunque el discurso recuerda —y legítima— aquellas afirmaciones conservadoras del siglo pasado que se felicitaban de la existencia de la Iglesia y la Guardia Civil como instrumentos para pacificar a las masas.

En el tema de la desigualdad de la mujer no sirve el recurso de la mo-

dernización a la americana, aparente panacea de nuestro subdesarrollo. Norteamérica no es el mejor sitio para la mujer. Pese al *glamour* de los telefilmes, sólo tres de cada cuatro mujeres trabajan en oficios no tradicionalmente femeninos, y sólo el 10 por 100 de ellas ganan más de 23.000 dólares al año.

El primer estudio objeto de este comentario se basa en una encuesta realizada entre 1.500 mujeres de la Comunidad de Madrid, que se refiere a un *omnibus* referencial donde están contenidos, y analizados, prácticamente todos los temas que el reciente Informe General del Instituto de la Mujer presentaba para todo el Estado. El segundo contiene la elaboración de los datos, actitudes y opiniones que sobre el mundo de las drogas ofrecen las reclusas del Centro Penitenciario de Yeserías. Es, podríamos decir, la versión siniestra del primero. Ambos han sido dirigidos por la socióloga Mary-Pepa García Mas, animadora y garante de un grupo de mujeres, y algún hombre, más amigos de las recompensas políticas, la denuncia y la clarificación, que del éxito académico, o comercial, de sus escritos.

Mi primera recomendación es su lectura, especialmente por quienes, desde algún trozo de poder, tienen posibilidades de embarcarse en las mil y una aventuras de llevarle la contraria a la inercia. La sobriedad de los comentarios de sus redactores es el mejor acompañante de la frialdad de los datos.

Quisiera compartir mi reflexión sobre algunos puntos. En la España de

los ochenta hay una especie de dinámica desquiciada entre la educación y el empleo de las mujeres. Las féminas han sido convencidas de que el camino a la igualdad pasa por las aulas, y las estadísticas nos dicen no solamente que las nuevas generaciones han sido convencidas de que el a los varones en la enseñanza primaria y secundaria, sino que, en general, las chicas estudian más y tienen más fe en lo que hacen que los chicos. Pero, al mismo tiempo, los certificados de escolaridad ya no son lo que eran en el mundo del trabajo y no basta tener buenas notas para colocarse. A mayor abundamiento, se colocan menos mal los universitarios, y en ese escalón, aunque ya hay bastantes mujeres, hay todavía más hombres.

El problema con el empleo, en este mercado cada vez más flexible e informal, es que, salvo ciertos trozos del sector público, la información previa a la contratación y a la promoción está bloqueada o fragmentada, de modo que los nuevos candidatos a trabajar, los jóvenes y las mujeres, lo tienen más difícil. El sistema, de suyo, protege especialmente al varón adulto, el que se supone cabeza de familia. Luego están los corporativismos. Tengo para mí que los oficios que se feminizan se devalúan social y económicamente. El magisterio, sobre todo en sus escalones más bajos, y la atención sanitaria primaria, son los ejemplos palmarios. La reciente tendencia, por ejemplo, a crear escalones inferiores en la enfermería conlleva el conseguir enfermeras más baratas, sin que los médicos cercenen parte

de su competencia en beneficio de las enfermeras convencionales, que pierden por abajo sin ganar por arriba. Por eso resulta un tanto chistoso que algunas mujeres se ilusionen con acceder a puestos de trabajo en el Ejército, cuando la verdad es que los mandos encuentran cada vez más difícil conseguir varones competentes sin pagarles bien. Como es sabido, el Ejército americano es cada vez más moreno, negros e hispanos abajo, blancos arriba, y, pronto, cada vez más femenino.

El gran tema, sin embargo, es la compatibilidad entre el trabajo profesional y el doméstico. Los hogares españoles son, en su gran mayoría, de dos sueldos porque así están las cosas en la sociedad de consumo. La mujer, que aún se considera feliz si tiene un empleo, vuelve a casa tan cansada como el varón, pero sin que éste todavía esté entrenado a hacer igual que ella los menesteres caseros. La calidad de la vida hogareña baja, y de ello se resienten, sobre todo, los niños. Menos mal que el sistema educativo, cada día más precoz, y la televisión echan una mano. Las tasas bajas de nupcialidad y fertilidad —entre las más bajas de Europa— son un testimonio de la dificultad de las nuevas parejas de encontrar trabajo y vivienda, y hay que reconocer que es la mujer la que, en general, lleva la peor parte\*.

---

\* Como es sabido, el empleo femenino que más crece en la economía liberal —Gran Bretaña, Estados Unidos— es el de chacha. Parece que en cuanto una pareja sube de *status*, lo primero que apetece es tener servicio doméstico. Muchas mujeres se gastan buena parte de su sueldo en

La modernización romántica del emparejamiento —el matrimonio por amor— tiene muchas ventajas, pero un grave inconveniente, que las separaciones y el divorcio son un desastre económico. Cientos de historias dan testimonio de las angustias de tantos, y sobre todo de tantas, que echan mil cálculos antes de dar el paso, aparentemente tan liberador. La tendencia a la solidaridad femenina ante el conflicto, con instituciones y apoyos aún embrionarios, son, con los consultorios de planificación familiar, las dos buenas noticias para las españolas menos pudientes. Porque la variable clasista y geográfica, como

---

tener a otra sirviéndola. Es como un mecanismo de compensación cuando no pueden, o no desean, acostumbrar al marido a la faena casera.

prueban ambos estudios, tiene mucha importancia, y hará falta algo más que un *lobby* femenino —el ya famoso 25 por 100— para generalizar la igualdad.

Uno de los efectos más penosos de la desigualdad, y la cara menos presentable del feminismo, es justamente la fuerza con que la sociedad de consumo manipula a la mujer, convirtiéndola en clienta material y simbólica de las mil necesidades de la cultura de los grandes almacenes. Cuando uno está ya a punto de dejarse llevar por los dulces senderos de la feminización, aprender cocina, demorarse en el amor y volverse tierno y solidario, resulta que tu pareja te invita... a ir de compras.

Alberto MONCADA